

tienen un particular interés porque en ellas se perfecciona el encuentro entre la tendencia pragmatista y empirista de la filosofía anglo-sajona y la escuela de análisis lingüístico y lógico derivada del círculo de Viena. Se asignan a la teoría del lenguaje tres sectores de trabajo: El pragmático, que se refiere al estudio del comportamiento de aquel que usa los signos lingüísticos en relación con los propios signos y con lo designado; la semántica, que estudia las relaciones entre signo y designado, abstrayendo cualquier otro elemento, y la sintáctica, o estudio del modo según el cual los signos se combinan dentro de un lenguaje. El conjunto de estas investigaciones, constituye lo que Morris llama Semiótica. El análisis lingüístico no niega que intervengan elementos intuitivos en la estructura lingüística, se limita simplemente a considerarlos en cuanto formulados ya como estructura. De este modo lo que se considera en toda proposición es que tenga significado o que no lo tenga. El significado implica la verificabilidad del contenido. Así, las proposiciones significantes exigen toda una teoría del significado, y, de este modo, la investigación analítica del lenguaje lleva a una ontología. Pero esta ontología no puede salir de los límites impuestos por los propios símbolos lingüísticos, ya que el lenguaje es de suyo intrascendente, según la famosa expresión de Wittgenstein.—E. T. G.

SCHARFSTEIN (Ben-Ami): *Bergson and Merleau-Ponty: A preliminary comparison*, en «The Journal of Philosophy», vol. LII, núm. 14, 1955, págs. 380-386.

Entre los filósofos franceses de nuestro tiempo, no hay ninguno más vigoroso y sugerente que Maurice Merleau-Ponty. Sin querer, surge la comparación con Bergson. Tanto uno como otro propenden a hacer de la intuición órgano del conocimiento, y los dos están influenciados por la literatura alemana. Merleau-Ponty, por Hegel y Husserl, por no hablar de Marx. Tanto Bergson como Merleau-Ponty defienden el conocimiento intuitivo por creer que la experiencia primaria es inexpresable en conceptos, y que el modo más riguroso de expresarla está en aquellas formas que, como la metáfora, permiten un conocimiento inmediato de la realidad. Ahora bien, esto no

quiere decir que la filosofía se reduzca a poesía o estética, sino que parte del hecho de la intuición y de las formas más adecuadas de expresarla. Dada la intuición como punto de partida, es indiscutible que la percepción y lo percibido son necesarios en la misma modalidad existencial, y que no puede separarse la percepción del hecho de ser consciente de ella. Cada uno de nosotros es, pues, un mundo que, en cierta medida, a sí mismo se satisface, y sólo a sí mismo se comprende, estamos en el mundo, y este estar en el mundo tiene la peculiaridad de constituirse como ser en el mundo, es decir, como historia. Es, pues, el transcurrir del tiempo lo que me hace visible a mí mismo, como ente enmundanado. De esta manera, el mundo es la unidad primordial de nuestras experiencias, concretamente, de mi experiencia. Desde este punto de vista, es difícil negar la libertad, y en efecto, Merleau-Ponty sostiene nuestra libertad como una experiencia primaria; somos libres en cuanto somos. Nuestra libertad implica la capacidad de decidir sobre el mundo natural, pero no una especial versión hacia el idealismo; al contrario, ser libre quiere decir que espíritu y materia están en indestructible conexión. Una vez más surge inevitable la comparación con Bergson. También en Bergson el análisis de nuestras intuiciones primarias nos descubre como libres en el mundo. Hay en ambos filósofos una confusión del pensamiento racional y el pensamiento poético, que los hace en cierta medida peligrosos. Más se ve en ellos una satisfacción estética que una preocupación filosófica en el sentido tradicional.—E. T. G.

VARET (Gilbert): *Dialogue and Dialectic (A Review of the Conference Held in Athens, May 2-6 1955, Under the Auspices of the International Institute of Philosophy)*, en «The Journal of Philosophy», vol. LII, núm. 20, 1955, págs. 533-539.

El primer Congreso Internacional de filósofos reunido en Grecia habría, necesariamente, de tener como tema el de «Diálogo y dialéctica». Este era el sentimiento común de todos los reunidos en Atenas para concurrir al Congreso de Filosofía, pues si algo caracterizó en términos generales la metafísica griega, fué el diálogo y, en cierto modo, el proceso del diálogo a la dialéctica es el pro-